

“El nombre propio del Eremita”

José López Martí

Miguel Espinosa: Congreso, Murcia, Editora Regional de Murcia-V
Centenario. Comisión Autónoma, 1994.

I

Escuela de mandarines es una historia narrada por su protagonista, personaje que permanece innominado, sin verdadero nombre, a lo largo del relato.

Inspirado por unos demiurgos, o espíritus tutelares, que no son sino su destino, la exteriorización mítica de su propio carácter, el protagonista abandona la Naturaleza, donde vive con los suyos en una especie de cultura de la inocencia, y entra en el mundo histórico, para oponerse precisamente a una manifestación concreta de ese mundo, la Feliz Gobernación, o reino, abominable, de los mandarines.

Los demiurgos le dan a nuestro héroe el título de Eremita, título de misión, que designa su condición entre los hombres, y le encomiendan que luche contra lo estatuido, mediante la irritación, la protesta y el sonrojo; también le piden que sienta afecto y compasión por todas las existencias.

El Eremita afronta la Feliz Gobernación desde la espontaneidad, genial, de la Naturaleza, antítesis absoluta de aquélla. La oposición del Eremita no se fundamenta, por tanto, en ningún conjunto de valores considerados como contrarios, por juego dialéctico, a los valores tenidos como tales en el hecho, otra denominación, ciertamente inquietante, de la Feliz Gobernación. Si así fuera, su empresa estaría condicionada por la misma concepción del mundo que pretende combatir.

Y es que *Escuela de Mandarines* parece ofrecer, en principio, dos visiones del mundo. La primera está encarnada por las instituciones de la Feliz Gobernación y por los hombres que viven y reflexionan dentro de lo admitido como ortodoxo. Tal esquema ideológico se basa doctrinalmente en la Escritura o Libro de los Mandarines, que conocemos por multitud de textos, citados a lo largo de la obra. La Escritura, dictada idealmente por unos

demiurgos pensantes, o potencias de rango en la jerarquía de los espíritus, encierra un singular saber, cínico y extrañamente profundo a un tiempo, sobre los hombres, los dioses y el gobierno.

A este respecto, el Eremita observa, recoge y anota todo aquello que, aun viniendo de los que detentan el Poder y mantienen el Hecho, o sea, los mandarines y sus lacayos, expresa sabiduría, revela grandeza, manifiesta experiencia de la vida o muestra el carácter. Por eso, el relato contiene innumerables referencias a máximas, discursos y aforismos de los propios mandarines, por los cuales se llega, incluso, a sentir simpatía. Porque los mandarines no evaden la respuesta, no rehúsan concluir cuando se les invita a razonar, y no siempre hacen uso de su poder para soslayar las cuestiones: algunas veces aceptan el planteamiento de sus adversarios e intentan resolverlo en términos razonables.

La segunda concepción aparece representada por los que, pensando de mil formas, a veces muy dispares, tienen en común el odio y el desprecio por los mandarines y sus normas; este sistema de creencias es heterodoxo, no sólo en cuanto resulta contrario a las estructuras políticas y sociales de los mandarines, sino, especialmente, en cuanto que puede alentar la reflexión, la libertad, y otras condiciones universales del espíritu.

Sin embargo, cuando el Eremita encuentra enemigos de la Feliz Gobernación, no coincide necesariamente con ellos, porque no está afectado por las pasiones que han nacido en competencia con lo establecido, y que, en algún modo, son deformantes de la realidad y del mundo. Aborrece la Feliz Gobernación, sí, pero no se identifica con todos los que conspiran contra ella, pues éstos no son a veces sino otra forma de la misma.

Los creadores de la heterodoxia pertenecen, por cierto, a la casta del pueblo, es decir, a los apartados, por definición, de las instituciones de la sociedad mandarinesca, y, en consecuencia, de la sabiduría oficial. Así, en *Escuela de Mandarines* aparecen personajes como los Mendigos Pensantes, el Barberillo Autodidacto o el Tapicero Reflexivo. Tapicero Reflexivo quiere decir, en este caso, Pueblo reflexivo, y no que, por casualidad, haya un tapicero que discurra. El pueblo, pues es, desde el principio, en su existencia cotidiana, inmediata, el verdadero depositario del saber, con lo cual parece realizarse aquí de manera espontánea, sin maquinación alguna, esa vieja aspiración de tantas utopías.

Por venir de la Naturaleza, lugar apartado y situado muy lejos de la Feliz Gobernación, el Eremita, en rigor, no pertenece al pueblo; pero el pueblo, que queda fuera de la Historia, y participa de la inocencia de la Naturaleza, es, sin duda, su grupo, su casta de referencia.

Frente a los valores sancionados por la Escritura, el Eremita no propone otros, sino que, con su espíritu, representa –permítasenos la expresión- lo otro de esos valores. Es el mayor adversario de la Feliz Gobernación porque parece descansar en algo, en una esencia tranquila, en un fundamento que, en verdad, resulta escándalo y abismo para la Feliz Gobernación y para los enemigos de la Feliz Gobernación.

Para el Eremita no hay, ni puede haber, pues, nombre, porque el nombre sitúa, da un papel determinado e indica continuidad dentro de un orden concreto de cosas. Pero el Eremita es, justamente, el que viene de fuera; no protesta como reacción: su ser mismo se revela como oposición al Hecho; es el antagonista absoluto, la sustancia antagonista, por así decirlo.

II

Nuestro héroe no teoriza, no usa argumentos ni pretende poseer una concepción del mundo. Se manifiesta como el que contempla la Creación y se fascina ante el suceso; le asombran el mundo, la historia y los hombres; lo histórico supone para él un misterio que se renueva todos los días, y al que se entrega con expectación y entusiasmo, como si cada día fuera el Primer Día.

El Eremita se rebela contra la Feliz Gobernación porque ésta pisotea lo creado, pero llega a maravillarse de ella en cuanto configuración de algo único y particular. Los personajes exponen sus opiniones y creencias, apoyándose o refutándose entre sí. Unos están a favor de la Feliz Gobernación, y otros, en contra; los primeros se basan en la fatalidad del Poder y de lo dado, y los segundos, en la justicia y en la razón. Pero, más allá de defensores y detractores, la figura del Eremita es referencia absoluta y última de todo valor, en cuanto constituye la expresión de una actitud, de un carácter. Se trata de una actitud que está fuera de toda teoría y de toda ideología, de un carácter ingenuo, que ama las existencias, al

margen de cualquier contenido, de bondad o maldad, que éstas puedan albergar. El Eremita comienza admirándose de las doctrinas, de los intereses, de las pasiones y de las individualidades; posteriormente, descubre el contenido moral de tales sucesos, y sólo entonces tiene lugar la reflexión. La idiosincrasia del Eremita es, pues, ante todo, identificación con el misterio del mundo y participación en él.

En este sentido, *Escuela de Mandarines* no es exposición de teoría alguna, aunque, desde el interior del mundo que es la obra, pueda impresionarnos la diversidad de propuestas intelectuales que allí aparece. Las diferentes voces, en efecto, expresan sus puntos de vista, sus ideas y valores; pero, en la descripción que nos hace el Eremita, esas concepciones son siempre enjuiciadas desde un saber que se encuentra más allá de toda teoría. Este saber late en el decir del Eremita, en sus pensamientos y en la forma que adopta la narración, pues el relato pasa, en muchas ocasiones, de un tema a otro, como si las teorías que nos presenta, o las interpretaciones que nos ofrece, fuesen importantes únicamente en cuanto pueden ser consideradas como obras de arte, o en cuanto pueden revelar la singularidad de los personajes que las sostienen; sólo secundariamente se subrayan las teorías como tales teorías. Así, podríamos afirmar que en *Escuela de Mandarines* no existe teoría ni concepción últimas; o formulado de otra manera: la concepción última no es una teoría, sino la propia actitud del Eremita, instancia desde la cual se pondera toda idea y se apacigua –valga la expresión- toda teoría.

Sólo desde semejante posición, imparcial, de solidaridad con la Creación, este personaje, que odia los mandarines y comparte su aborrecimiento con todos los enemigos de aquéllos, puede resultar, de derecho, el narrador del mundo de los mandarines. Pero esa postura del Eremita también es –no se olvide-, manifestación de lo creado y forma de lo particular; de ahí que el narrador pueda, con toda legitimidad, narrarse a sí mismo, como alguien más de ese mundo, extendiendo a su propia persona aquel amor, la misma simpatía que él siente por los demás seres.

Por otra parte, la actitud modesta, el talante plácido y mesurado del Eremita, legitiman, todavía más, su condición de criatura innominada. El Eremita ha de carecer de nombre, ahora, no sólo en razón de su origen, la Naturaleza, ámbito de su vida oculta, sino en razón de éste su peculiar desenvolvimiento en el mundo histórico.

El anonimato del Eremita, del narrador, mueve a pensar, en definitiva, bien que el relato posee autonomía, una especie de conciencia o espíritu propios, bien que el autor del libro son todos los hombres. En cualquier caso, el texto parece obra de la verdad, como el mundo parece obra de un autor anónimo.

Por todo ello, cabría decir que Escuela de Mandarines ha sido escrito desde el punto de vista de la Divinidad, punto de vista que, implícito en la narración, actitud y anonimato del Eremita, preserva la complejidad y misterio de la Creación, y se hace cargo, a la vez, de la bondad y maldad del suceder.

III

Objetivación poética de la Divinidad, de lo numinoso, es, por cierto, Azenaia Parzenós, amada del Eremita, figura recordada, referida y cantada de continuo por éste; encarnación y símbolo de la Naturaleza y de lo femenino. Azenaia permanece ausente y es constantemente nombrada: por eso aparece como presencia real en la vida del Eremita y como mito recurrente de su imaginación y su pensamiento. Porque el Eremita, diríase que llevando al extremo su anonimato, se anonada amorosamente, a través del canto, en el nombre de Azenaia, para que este nombre, como mito colectivo, termine apoderándose del mundo.

Pero la mejor manifestación de lo divino se halla, seguramente, en la respuesta que el Eremita llega a escuchar de la Enigma, o Doble Faz, monolito con inscripciones crípticas, esotéricas, erigido por los mandarines como emblema de su poder. Esto ocurre, y no por azar, en el último capítulo del libro, titulado “Reto a la Enigma”, cuyo final dice así:

De pronto me hallé ante la famosa Enigma, emergente en la oscuridad como la desconocida eternidad. La fatiga, la duda y la inseguridad, naturalezas del Pueblo, coaccionaban mi mesmedad y la disponían a la rendición. Pocos fueron los humanos que no experimentaron pasmo y reverencia ante las

tinieblas y lo incierto. Por unos instantes titubeé y quise apartarme del monumento, símbolo de la Feliz Gobernación; pero, tras esforzarme, decidí allegarme y enfrentarme con el misterio que los geómetras pretendieron encerrar en aquella figura. Me detuve a corta distancia, alcé la vista y reté a la doble Faz, plantándome ante su mirada como igual; el silencio nos envolvió como alcahuete presuroso.

-Enigma, si eres ciertamente una comparecencia liberada de sus constructores, como espero, y si puedes contemplar y saber cuanto sucede, dime por una vez quién es el más verdadero de los hombres –pregunté.

Y comencé a escuchar un leve sonido, primero bisbiseo, y luego, susurro, que surgía de todas partes, también de mi corazón, y crecía hasta voz, así proclamando:

AXIOMA DEL ORÁCULO

¿Quién es el más verdadero de los hombres?:

El más verdadero de los hombres eres tú.

¿Quién es el más inocente de los hombres?:

El más inocente de los hombres eres tú.

¿Quién es el más puro de los hombres?:

El más puro de los hombres eres tú.

¿Quién es el más sabio de los hombres?:

El más sabio de los hombres eres tú,

Eremita, Hijo de Maravillas,

Enamorado de Azenaia Parzenós.

Por eso te irritas y sonrojas

de venir y ver la Feliz Gobernación.

Al ser *Escuela de Mandarines* una obra eminentemente épica, la pregunta del Eremita adopta la forma de un desafío, en verdad, grandioso; pero se trata aquí de un desafío carente de arrogancia, de titanismo. En efecto, el solo hecho de que la Enigma responda, al margen del contenido de la respuesta, bastaría ya para probar que en ese interrogar no había hostilidad ni jactancias algunas. Pero es que, y en esto reside lo importante, la pregunta del Eremita obedece a unos presupuestos buenos y verdaderos, a una lógica cuya piedad, generosidad y fuerza reveladora atribuyen y confieren a la Enigma autonomía y saber, liberándola efectivamente del Poder que la construyó. La capacidad de juicio de la Enigma es el principio imaginado y querido por el Eremita en su relación con ella. La convicción, la invocación de nuestro héroe propician, pues, el prodigio: el monolito que celebra la historia retorna, como piedra, a la Naturaleza; la piedra abandona su hermetismo y habla con elocuencia. Aquellas inscripciones oscuras, sibilinas, destinadas a confundir y quebrantar toda inteligencia y toda voluntad, se disuelven ahora en el ámbito de una evidencia luminosa, salvífica. Por decirlo así, la Enigma se acoge inmediatamente a esa posibilidad, no prevista por el mundo, de vida superior, trascendente, que le brinda la palabra esperanzada del Eremita. Y, desde ésta su nueva existencia, el símbolo de la Feliz Gobernación se aviene con el mayor enemigo de los mandarines; ambos, en un mismo movimiento del espíritu, se reconocen mutuamente.

El encuentro del Eremita con la Enigma constituye, sin duda, un suceso extraordinario; sin embargo, la narración refiere este encuentro con sobriedad, respetando las condiciones y leyes objetivas del mundo. Porque la situación no está exenta de ambigüedad o doble sentido, desde el momento en que el dictamen de la Enigma se da sin testigos, al amparo de la soledad y el silencio. Queda abierta, entonces, la posibilidad de que esto sólo haya acontecido en la interioridad del Eremita, como plena conciencia de sí mismo. Así, aunque ha ocurrido todo, puede que no haya pasado nada.

Parece, ahora, que ya sólo queda pendiente una cosa: que se manifieste la identidad del Eremita. Pero *Escuela de Mandarines*, con el pronunciamiento del oráculo, ha alcanzado el

límite de lo decible, de lo literariamente posible, y termina sin remedio. *Finis coronat opus.*

Pues bien, nosotros, los que conocimos al autor del libro y compartimos su vida, inmersos en el enigma del mundo, sabemos, y podemos atestiguar, que el auténtico nombre de este Eremita es Miguel Espinosa.